

AMERICA LITERARIA

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras

Los mejores reportajes de Juan José Soiza Reilly



BUENOS AIRES
10 de Septiembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

¡Todas las novelas de HUGO WAST!

NOVEDAD

La Corbata Celeste 20° millar

Ciudad Turbulenta	65 millar
Valle Negro	35 „
La Casa de los Cuervos	80 „
Fuente Sellada	64 „
Flor de Durazno	86 „
Novia de Vacaciones	17 „
Alegre	25 „

PROXIMAMENTE

La última emocionante novela de
HUGO WAST

EL INVENCIBLE AMOR

Precio de cada volumen \$ 2.50

LA EDITOR AL BAYARDO, Sarmiento 865, Buenos Aires, atiende pedidos del país y del extranjero. Agregar 20 centavos para gastos de franqueo por cada volumen.

Los pedidos de cuatro volúmenes o más, se enviarán libres de gastos.

Amar después de la muerte

Toda Europa ha palpitado ante la historia de amor en que el famoso escritor ENRIQUE CONSCIENCE ha puesto su genio y su corazón.

LA NOVELA DEL DIA, ha publicado íntegramente esta admirable novela.

Precio 0,50 ctvs. la obra completa

Vídala en todas las partes y en Sarmiento 865

PROXIMAMENTE APARECERÁ

En la quietud del valle

Obra del conocido novelista Lorenzo Dagnino Pastore.

Tierna y sentimental novela, cuyo ambiente es la vida campesina, tranquila y sana, en contraposición a la vida agitada de la ciudad, que enferma el cuerpo y el espíritu.

Será uno de los éxitos más grandes de Librería del año

PEDIDOS A
SARMIENTO 865



2/14913:1,4(1921)

AMÉRICA LITERARIA

CUADERNOS QUINCENALES

DE ARTES, CIENCIAS

Y LETRAS

La Editorial Bayardo ha decidido la publicación de los cuadernos quincenales de artes, ciencias y letras "América Literaria" que contendrán trabajos de los mejores escritores Hispano-Americanos.

Intenta realizar de esta manera, una tarea de divulgación popular que le será permitida por el gran tiraje y la modicidad del precio de cada cuaderno. Espera por ello el favor del público amante del arte, la cultura y las bellas letras.

Nadie debe dejar de leer y coleccionar "América Literaria",

Lea la última página



AÑO I - APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES - N.º. 4

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, Ciencias y Letras.



Los mejores reportajes de Juan José Soiza Reilly



BUENOS AIRES
10 de Septiembre de 1921

EDITORIAL, BAYARDO
Sarmiento 865

1875 - 1876 - 1877 - 1878 - 1879 - 1880 - 1881 - 1882 - 1883 - 1884 - 1885 - 1886 - 1887 - 1888 - 1889 - 1890 - 1891 - 1892 - 1893 - 1894 - 1895 - 1896 - 1897 - 1898 - 1899 - 1900

AMÉRICA LITERARIA

Publicada por el
Ateneo de Buenos Aires

Tomos I a IV

Los mejores reportajes
de Juan José Saiz Belli



La vida íntima del abate Perosi

LA vida íntima!

¿Pero es posible descubrir la vida íntima de los grandes hombres? No siempre. En Italia, sobre todo, los grandes hombres no bajan nunca de su pedestal. Y, cuando bajan, es para esconderse... Los exámenes psicológicos no pueden hacerse a simple vista. Es necesario tomar al hombre, dulcemente, de un brazo. Es necesario moverle su amor propio. Hacerle hablar. Calarle. Estudiar las "poses" premeditadas que improvisa. Después, es preciso tocar en su espíritu ciertos resortes de sensibilidad para que hable. Pero es necesario hacerse en su presencia el pequeño. El inocente. El tonto... Porque hay que dejarle que se infle, como un globo. Luego pincharle para que se desinfe... ¡Oh! Qué deliciosa sensación. ¡Verle caer en nuestras propias manos homicidas!... Y hacerle decir cosas extrañas. Y también tonterías... Es un placer excitarle a que diga en frases lo que piensa en la almohada. Ya comprenderéis que el trabajo resulta difícil. Muy difícil... Aunque se trate de interviewar a Juan de los Palotes, el periodista tiene siempre gran trabajo. Imagináos ahora el trabajo que podrá dar un hombre célebre. Un hombre habituado a servir de cadáver

a todos los bistrús del universo. Un hombre que conoce el doble sentido de cualquier pregunta y que conoce la intención felina de cualquier sonrisa. Es preciso estar muy enamorado del arte de confesar almas geniales, para no morirse de fatiga mental. Casi siempre el hombre célebre se encierra en su mutismo. Es su mejor coraza.

Por no decir algo que descolore su talento, os dice que está enfermo. Os dice que no puede hablar. En cambio, adivináis que está deseando deciros bellas frases para que las publicuéis en el periódico... La fotografía — como complemento informativo, — facilita el examen psíquico de los interviewados. No lo digo sólo por los gestos que puedan adoptar. No. Retratarse es humano. Hasta Jesucristo, que era modesto, se dejó retratar en el pañuelo de la Verónica... Mas, no siempre la fotografía de una cabeza da idea de lo que aquella cabeza lleva dentro de sí. Mientras el fotógrafo prepara su máquina, el periodista examina al hombre de muy cerca. Y os lo digo por experiencia: no hay medio más eficaz para desnudar a un hombre célebre, que ponerlo frente al objetivo. Nadie quiere pasar a la inmortalidad con las guías del bigote torcidas o el gesto avinagrado. El esfuerzo que un sujeto hace para que la máquina oculte sus defectos, pone al desnudo sus debilidades. Pero esto es lógico. No hay que criticarlo. Recuerdo que en Buenos Aires tuve que solicitar de un escritor muy conocido — que hace versos domésticos, — tuviera la bondad de permitir que un fotógrafo gastara con él una placa... Naturalmente, se negó. Todos se niegan... Se negó al principio. Pero, después, con una modestia maliciosa, me dijo.

—“Vea, joven, le seré franco. No quiero que me retraten. Estoy muy viejo... Le daré una fotografía de cuando tenía treinta años. ¿Quiere? Como mis versos son siempre juveniles, yo deseo que la posteridad me conozca siempre joven...”

¿Habéis comprendido? Rafael Obligado quería pasar a la posteridad... Este solo rasgo, es una confesión. A través de estas palabras de hombre célebre se traduce su cerebro, su alma... Yo no quisiera criticar a este Gabino Ezeiza domesticado. Su pudor es de viejo. Respetémosle. Nada más hermoso que el sincero orgullo de los tigres... Pero he citado el caso para convenceros de que no es necesario que un hombre os hable mucho para que adivinéis lo que tiene en el corazón y en la cabeza. Pocas frases bastan... En fin.

Así me ha ocurrido con Lorenzo Perosi. Yo no había encontrado nunca un hombre célebre que hablara menos y que tuviera una modestia tan sincera, tan franca, tan simpática, como este admirable joven sacerdote. No es necesario analizarlo para comprenderlo. Es de aquellos hombres cristianos que piensan lo que sienten. Que sienten lo que dicen. En la manera de accionar, en el modo común de vestir sus ideas, adivínase al hombre que no tiene ningún deseo de que le conozcan. Cuando oye un elogio, dice:

“Yo no tengo la culpa de que mi música parezca buena. Me sale así por casualidad... Pero a mí no me ha costado ningún trabajo hacerla. Tomo un papel y escribo. No es un mérito hacer una obra sin fatigas...”

Tenéis que pensar que quien os habla así es el autor de los famosos “oratorios”... ¿Conocéis la historia de este joven abate que a los veinticuatro años era ya hombre célebre? Es una historia breve. Oidla. Sus labios nos la cuentan:

* * *

—“Nací en Tortona (Italia). Mi padre era maestro de capilla en la catedral de dicho pueblo. Mis dos hermanos eran curas. En ese ambiente se modeló mi espíritu. A los veintidós años — en 1894 — vestí el hábito sacerdotal. Celebré mi primera misa en la Santa Casa de Loreto... Y nada más. Y nada más...”

—¿Nada más?

No es cierto, agregó yo. Un día, siendo ya sacerdote, el padre de Perosi no pudo dirigir el coro. El hijo le reemplazó, improvisando en el armonium una maravilla musical. Allí empezó su carrera... Después trajéronle a Roma. El 13 de Diciembre de 1898, dió la primera audición pública de música sagrada, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Dirigió "La Resurrezione di Cristo". León XIII mandó en su representación al cardenal Rampolla. También asistió Mascagni... No tengo que repetiros que fué un éxito. Colosal... La música vibrante del artista romántico conmovió las almas. Cuando el oratorio terminó, Mascagni se arrojó, emocionado, con su melena y con su orgullo, en los brazos del débil sacerdote. Rampolla, lleno de la roja pompa de los cardenales, le besó las manos como a un Papa del Arte... Y el corazón de muchas mujeres latió como un volcán... No ignoráis que hace poco se decía que el abate Perosi dejaría los hábitos. Hablábase de su matrimonio. Pero, no. No es cierto. Perosi no se casará. Es demasiado modesto para hacer eso... Lo que hubo fué que una artista, muy bella, muy de París, enamoróse locamente del infantil abate. Pero él la rechazó como el San Antonio de Flaubert. Y ella, loca — más loca todavía, — fué a un convento. Encerróse a llorar...

* * *

Si hay tanto corazón femenino que arde en pasiones por el joven maestro, no es ni por su rostro pulido ni por la fama que el curita tiene. Lo que entusiasma de amor a las mujeres es oír su música sagrada. Porque es un extraño fenómeno. La música de Perosi, analizada artísticamente, no tiene la severidad, la austeridad, la religiosidad de las músicas místicas. No es una música que eleve a mundos de virtud, de paz, de oración, de sosiego. La música de Perosi es ardiente, es cálida,



es apasionada, es varonil. De sus melodías brota una voluptuosa sensación carnal. Oyéndola, el ardor de la fiebre enrojece la sangre... Sucede con ella lo que con las diabólicas poesías de Santa Teresa de Jesús. Quitándoles el nombre de la Divinidad, son explosiones de amor salvaje y fuerte. Es un amor histérico de locura y de fiera.

* * *

El 20 de Julio, por invitación del amable ministro doctor Blancas, tuve ocasión de asistir a la ceremonia realizada en la Capilla Sixtina, con motivo de los funerales de León XIII. Perosi dirigió el "Benedictus" con un trozo del cual obsequió el maestro a "Caras y Caretas". Pues bien, el éxito fué el de todos los años. La inspiración de Perosi no decae. Crece.

Cuando su música vibró en el templo, hubo en todos los ánimos una profunda sensación de misticismo raro. Y así sucede siempre Hay en sus obras algo de Dios y no poco del diablo.

* * *

Ahora Perosi está mal de salud. Vive en las montañas con su vieja madre. El exceso de trabajo ha debilitado su cerebro. Pero no se queja. Todos los días viene a Roma. Va, trotando humildemente por las calles, hasta la "Scuola Pia Pontificia", donde instruye a más de 60 alumnos que cantan en la Capilla Sixtina. Allí fundó la "Escuela Cantorum", en 1904. Como Mascagni o como Puccini, pudiera ganar mucho dinero recorriendo los teatros. O haciendo óperas... Pero él no quiere. No quiere ir a París. Ni a América... Y es saludable la lección de orgullo que nos da: pudiendo ser millonario, se conforma con llevar la sotana raída. Hace poco un editor imprimió sin su permiso un "oratorio". Perosi lo demandó ante la justicia. Le pagaron una indemnización de cincuenta mil liras. ¿Sabéis lo

que hizo? Dió las cincuenta mil liras a un asilo de pobres... ¿Y sabéis cómo escribe sus obras? Pues, en el mismo colegio. Mientras los alumnos repasan su lección, él borrona sus notas sobre un papel cualquiera. A veces, yendo por la calle, se le ocurre una idea. Se arrincona contra un muro y en el puño de la camisa la consagra, la apunta. Desprecia, como un niño, las drogas rancias de la toilette mundana. Es un hermano digno de Teresa la Santa.

Roma, Agosto, 1908.

El alma loca de Salvador Rueda

Queréis una sorpresa? Os la daré. Pero, en cambio, os pido que calléis. Que vuestros blancos dientes, armoniosa señora, no se asomen para morder con ironía la fe de mis creencias. Os prohibo la risa.

—¿Y la sonrisa?

—También. No hay que sonreír de las cosas extrañas. En ellas palpita la trágica virtud de Dios. No hay que sonreír de los fantasmas que embellecen la vida de los quijotes pensativos. Hace ya tiempo que los locos, los genios y los niños, se dieron la mano por arriba de los manicomios y por debajo de los evangelios. El vulgo dice por boca de los cuerdos, que yo cometo a menudo un error. Un delito... ¿Cuál? Llamo locos a todos los artistas. Pero todos los artistas son unos eternos locos celestiales. Unos divinos locos que teniendo siempre a mano las estrellas, se mueren de obscuridad, de tristeza, de hambre... Cándidos e ingenuos locos de los cielos que no llevan como los idiotas su locura en el cráneo, ni en los ojos, ni en el gesto. La llevan, como Cristo, en la sangre, en el espíritu, en el alma.

—¿Y la sorpresa?

—¡Ah! He aquí, condesa, que os quiero presentar un loco a quien conocéis mucho. Pero no os lo quiero presentar como poeta. Sería inútil. Como poeta ya lo cono-

céis. Habéis leído sus versos. Eso basta. Habéis saboreado su musa agreste y deliciosa que canta, que sueña, que blasfema, que ruge, que apostrofa, que reza, que lucha y que delira. Musa que cuando canta, canta para las madres. Musa que cuando lucha, lucha contra los leones. Pero lo que no conocéis es algo más exquisito. Se me prohíbe que lo diga. Es un pecado. Y por eso lo digo...

—¿Qué es?

—No, señora. No tengáis temor. Es un misterio que, aquí, en España, todo el mundo murmura. Mas, nadie se atreve a decirlo en alta voz. ¿Conocéis a un poeta autor de versos dulces, vigorosos, llenos de sol, bellísimos, que se llama...

—¿Será Salvador Rueda?

El mismo. Sí. Lo conocéis. Pues bien: Salvador Rueda está loco... He ido a verlo y me ha dicho cosas magistrales. Es el hombre más original, más subterráneo y más sencillo que haya yo frecuentado en esta tierra. Su aspecto nada dice. Pero inquieta... Al verle pensáis en los compatriotas del Riachuelo. Su pequeña figura es la de un mozo bravo del suburbio porteño. El saco, con hombreras, es de un gris muy antiguo. El chambergo, de alas moreirescas, contribuye a dar mayor exactitud a la imagen del compadrito criollo. Hasta lo parece en su modo habitual de apoyarse contra el muro. Viéndolo, creéis que bajo el chaleco esconde la daga luminosa. Hacedle hablar y veréis que, en verdad, lo que tiene bajo el chaleco es algo luminoso. Pero no es una daga. Es su corazón... Cuando habla, su cara, de facciones toscas, se ilumina con una inocencia de mujer. Os habla en frases entrecortadas. Sobre sus labios las palabras tiemblan. Se retuercen. Lloran... Os dice bellas cosas ingenuas. Divinas tonterías... Si vais a visitarlo a su modesta habitación — Glorieta de Quevedo número 7, segundo derecha, Madrid — os llevará

al balcón. Allí os dirá lo que sufre. Os contará que sufre un mal horrible. Un espantoso mal... No puede salir solo a la calle. Los carruajes y la gente lo marean. Si tiene que cruzar de una acera a la otra, hace que alguien le lleve del brazo, y él cierra los ojos... ¡Pobrecito!... Sin embargo, es vigoroso el talento de este poeta insigne, — gloria de España, como dijo Méndez. — Poeta insigne de quien Querol ha burilado, en vida, un monumento... Y viéndolo, oyéndolo, pensáis en todo lo tan hermoso, tan fuerte, tan intenso, que ha brotado de esa pobre alma loca... Ahora está empeñado en una noble lucha americana. Dice que los americanos deberíamos tener una literatura propia. Que no debemos recurrir ni a la literatura de Inglaterra, ni a la de la Francia, ni a la de Noruega, ni a la de Barataria. Oid lo que me ha dicho:

—¿No tienen pampas? Pues canten a las pampas.
¿No tienen sauces? Pues canten en los sauces como los zorzales y no como los pájaros de Europa...

* * *

Y en seguida háblame de su enfermedad:

Tengo los nervios hechos un remolino. Pronto me practicarán una grave operación. Me han dado varias veces cloroformo. Dicen que algunos cloroformizados no retornan a la vida. Se quedan en el éxtasis eterno. ¿Si me moriré por fin en ese sueño artificial que suprime el dolor humano? ¡Qué miedo! Desde niño me asalta la preocupación de la muerte. Es mi única infelicidad. A veces la visión de un entierro me recluye en casa y sufro ataques de asombro y de pavor. A veces mi olfato se irrita. Siento olor a cadáver. Quién habría de pensar leyendo mis obras, que en mi cerebro ha hecho nido el pájaro de la muerte. Pero, aparte de esa sombra trágica, soy robustísimo. El doctor Tolosa Latour, un gran médico de niños, es quien me suministra el cloroformo. ¡Qué horror! Dios me libre del sueño total. Aun tengo que pulsar la lira y quién sabe si hasta ir a

América. Allí me quieren mal porque les pido una literatura propia... ¿Verdad? Un periodista de mate amargo me criticó en un diario de Buenos Aires. Pero, ¿qué importa? Era un periodista machorro de literato. Cada cual cumple su misión en la tierra. Hay ladridos que coronan de triunfo como los aplausos...

Después sonrío. Y os abraza. Os aprieta contra su corazón. Y os pide disculpa. De repente os dice que sus obras literarias valen poco. Pero de improviso su modestia se transforma. Su alma loca, loquísima, se indigna y levanta al cielo un penacho de orgullo. Es un gran poeta. Ante él, nuestro canario tropical palidece. Los astros, el arte y la poesía le han enloquecido. Y tenía que ser así... No se nace impunemente en la cumbre de una montaña. Salvador Rueda nació en Málaga. En una aldea llena de elevados montes. En Benaque... ¿Comprendéis? Cuando niño, bebió, allá arriba, demasiado sol. ¡Ojalá ningún médico cure su embriaguez celestial!

Una entrevista con S. M. el rey de España

—¡El Rey!

En el alma europea esta palabra retumba con mayor elocuencia que en nuestros oídos. América no ama a los reyes. Tampoco los desprecia. Los admira. Los ve con ojos terrenales. Nada más. Y es bastante... En Europa no acontece lo mismo. La ley atávica pone un velo en los ojos... En América un monarca no produce más emoción que un presidente. Por eso tal vez se nos llama salvajes. Si a Buenos Aires llegara un rey, la gente exclamaría al contemplarlo:

—¿Ese es un rey?

—Sí.

—No. ¡Es un hombre rico!

Y como a hombre rico, las bellas criollitas estancieras, lo llenarían de flores y de... En este viejo mundo sucede lo contrario. Aquí nombrar al rey es persignarse. Hay mucha devoción de antigüedad. Las clases superiores, las clases aristócratas, son las que más devotamente miran a las testas regias. En cambio, el pueblo, el bajo pueblo que sabe las verdades más pronto que los sabios, comienza a tener para los monarcas una sonrisa irónica. Se ve que ya los reyes no caben en el

mundo. Ni en la vida febril del siglo de las huelgas. Un rey requiere un teatro. Shakespeare mató con su lirismo a los reyes. Las óperas concluyeron de poner en ridículo su figura imponente... Cuando un rey habla, aunque sea a su criado, se supone que lo hace con música de Wagner... Figuráos aquello de:

—¡Alcánzame las medias!... do, re, mi, fa, sol...

Es horrible. Sin embargo, en Europa el progreso de las ideas liberales no tiene tantas estatuas como en América. Todavía se tiembla cuando pasa el rey. Aun los nervios se agitan cuando la figura de los últimos reyes — Guillermo, Eduardo, Víctor Manuel, Alfonso, — pasa altiva y radiante entre gente que se pisotea por mirarlos...

Por eso, cuando se supo que yo deseaba realizar el pedido de la revista "Caras y Caretas"; cuando se supo que yo deseaba conversar con su majestad el rey de España, la gente me miraba como se mira a un loco. Miraba la impaciente máquina fotográfica de mi compañero, el reporter gráfico José de Arce, como quien ve fantasmas en el aire. Hasta el entonces ministro en España, doctor Roque Sáenz Peña, con toda amabilidad, quiso quitarme de la cabeza la estupenda intención de ver al rey.

—¿Pero no sabe usted que los reyes no quieren conversar con ningún periodista? Cuando en Palacio hay una ceremonia, los periodistas se quedan en la puerta... Allí esperan.

—Pero es que vengo de América. Tengo sangre fría. Soy indio. Quiero hacerle un reportaje.

—¿Un reportaje? ¿Pero no sabe usted, hijo mío, que a los reyes no se les puede interrogar? Ellos hablan. Los demás contestan.

—No importa. Mejor para mí... Dejaré que el rey me haga preguntas. Será un bello espectáculo. Será la primera vez que un rey haga un reportaje a un periodista.

Sáenz Peña se sonrió. Ha sido periodista. Pero no pudo hacer nada. Tuvo que irse al Congreso de La Haya. Me quedé sin ayuda. Pero vencí. Saltando por encima de todos los protocolos, obtuve la audiencia. ¿Vale la pena de contar la odisea? No le interesa al público. El rey de España me concedió una audiencia. Basta. Fuí. Mi imaginación no resiste, ni mi memoria tiene el espacio suficiente para guardar la imagen de tanto salón, de tanta sala, de tanto cuadro, de tanta galería, de tanto portero, de tanto lacayo, de tanta gente noble que hay que conquistar con sonrisas y genuflexiones. Aquello es estupendo. En las puertas de entrada, la infantería, la caballería, los alabarderos, la policía... Después los porteros de pantalón corto, guante blanco y el pecho lleno de medallas. Al pasar, los alabarderos os miran y os detienen. Mostráis el permiso. La papeleta de la audiencia... Luego os hacen entrar a un salón granate. Después os llevan por un frío corredor. En seguida, os van deteniendo más porteros, más lacayos, más mayordomos. Todos de guante blanco y el pecho lleno de medallas. Luego pasáis a otro salón. En seguida a un saloncito. Después os obligan a cruzar un patio. Un alabardero, de perita, os detiene. Mostráis la contraseña. Subís una escalera. Llegáis sin aliento. Otro alabardero. Os impide el paso. Seguíis. Ascendéis por una nueva escalera. Véis un piquete. Un oficial. Un lacayo. Adelante. Un alabardero os ataja. Continuáis. Un caballero de frac os lleva a un saloncito. Esperáis allí muchos siglos. Esperáis tanto, que cuando vienen a llamaros, tenéis que miraros al espejo para convenceros de que no sois ningún cadáver encontrado en Pompeya... Otro caballero de frac os lleva a otro salón. En silencio os hace sentar. Un alabardero, firme, vigila la puertecita sagrada, detrás de la cual S. M. tiene el gabinete de las audiencias personales. A todo esto, vuestra imaginación, movida por tan peligrosas aventuras, se siente llena de un temblor de miedo.

Creéis vivir en plena novela de reyes mágicos y de palacios encantados. Se llega hasta pensar que un rey debe tener en la sangre algo de Dios. Y es tan fantástica la liturgia con que rodean al rey, que cuando llegáis al fin de salas y salones, cuando el imponente alabardero de la última puertecita azul, detrás de la cual está el monarca, os hace poner de pie, pues viene el secretario, sentís grandes deseos de correr, de escaparos, de meteros debajo del sillón, de esconderos en las colas del frac... Pero viene el secretario y os dice:

—Entrad:

Entráis. Y creéis que os espera un ser supraterrrestre. Creéis que os va a recibir un rey muy malo. Un Borgia. Un Napoleón. Un tigre... ¿Y qué veis? ¡Oh, sorpresa! Véis... Mirad lo que yo ví.

Ví un jovencito. Un Felipe IV sin vejez. Un muchacho alto, delgado sin ser flaco. Una cara pálida. Muy triste. Dos grandes ojos bellos, que parecen asombrarse de estar en esa cara. Al entrar, me detuve. Saludé... Su majestad se puso de pie. (Aquel hombre que se ponía de pie, ¿era un rey?...) Sonrió, al sonreír, la cara del monarca perdió toda tristeza. Una risa sana de hombre alegre, le iluminó la faz. Me dió la mano. La estreché con fuerza. Hízome sentar. Después del terror que me habían infundido los alabarderos, aquel rey bueno, aquel rey amable, aquel rey siglo XX, aquel rey tan inteligente — aquel rey que sabía estrechar la mano de un periodista anónimo con el afecto de un compañero de la infancia, — aquel rey me pareció un rey digno de España. Un rey caballero. Un rey de alma española. Con mucho de Don Quijote y de Tenorio. Con mucho de Campeador y de patio andaluz... Con mucho de poeta. Con mucho de ¡olé!. Con mucho de genial y con mucho de artista... Convencéos. Este regio muchacho, cuando haya sufrido un poco de experiencia y de años, será el único que podrá traer a la fogosa España una

resurrección de antiguos predominios. Otro rey no resistiría la evolución de las nuevas ideas. Este rey, a quien los enemigos del trono acusan de enfermo, de neurasténico, de austriaco, posee una inteligencia que le coloca muy por encima de los otros reyes. Es un rey con alma americana. Me habló con entusiasmo de la República Argentina. Oídlo:

—Hay allá muchos españoles. Es una tierra a donde voy muy a menudo con el corazón y con la fantasía.

—Los argentinos sienten por vuestra majestad gran cariño.

—He tenido ocasión de conocer argentinos de gran talento. El doctor Sáenz Peña — mi amigo, — es una brillante personalidad intelectual. He oído en el "Ateneo" de Madrid su hermoso discurso sobre la doctrina de Monroe

—También el doctor Drago... — dije yo para sacarle una reflexión de contrabando.

—¡Ah! ¡sí!... Leo con interés las discusiones que suscita la doctrina Drago...

—Parece que en La Haya ha sido recibida favorablemente...

El rey comprendió. Recordó que era rey. No podía decir su opinión franca. Por eso, golpeándome el hombro con una familiaridad típica en él, cambió de tema.

—También tienen ustedes por allá muchas chicas hermosas. He conocido algunas damas bellas y gentiles. Hace poco conocí a las señoritas de Onrubia. ¡Qué encanto!

Y en seguida:

—¿Conoce usted el tiro de paloma? Es un local espléndido. Vaya a verlo. Le gustará. Le haré dar un permiso para ver La Granja... Y muchas gracias por el hermoso regalo de "Caras y Caretas". Es precioso. Me admira mucho la exactitud de los detalles en esa reconstrucción gráfica del atentado de la calle Mayor, hecho por su revista pocos días después del incidente...

(Su Majestad se refería al ejemplar que contenía la reconstrucción del carruaje destrozado por la bomba de Morral, y cuyo dibujo, obra del maestro José María Cao, fué hecho con detalles transmitidos por el telégrafo).

—Es admirable — agregó.

—Señor, es obra de un español.

—¡Oh!

En seguida, al despedirme, aproveché la ocasión de pedirle un autógrafo. Un saludo del rey transmitido por intermedio de "Caras y Caretas" a los españoles residentes en la República Argentina.

—¿Cree usted que en la República Argentina me quieren?

—En todas partes, señor.

—Bueno. Perfectamente. Pero... allá no quieren a los reyes.

—Señor: en América queremos a todos los hombres buenos. Pero vuestra majestad es querido, más que como rey, como hombre de temperamento democrático, y además, por las simpatías personales que despierta su carácter humanamente amable...

—Vaya, vaya... Bien se ha ganado usted el autógrafo.

—Si fuera para vuestra majestad una molestia...

—No, hombre. Al contrario. Se lo daré mañana en La Granja.

Me estreché otra vez la mano. Me incliné. Y salí pensando que Alfonso XIII era la personificación más legítima de un alma hermosa y grande, gloriosa y adorable: el alma de su pueblo, el alma de su tierra de sol y de altas cumbres: ¡España! Y en mi sangre sentí que ardía como olvidada tea, una secreta devoción atávica... Después pasé, como establece la costumbre, a saludar a su majestad la reina. Le besé la bella mano rubia. Y salí. Salí con el corazón que parecía un jardín primaveral lleno de rosas frescas...

Juan Zorrilla de San Martín

—¿Es un poeta joven?

—No. Siendo católico no puede sentir devoción por el diablo. Luego, no es joven.

—¿Es, entonces, un viejo?

—No. Tampoco. No puede figurar entre los poetas con vejeces de Guido.

—¿Entonces?

No es viejo. Ni joven. Ni usa larga melena. Ni vive de la luna. Es — como todos los poetas, — un poeta, — Es — como todos los cisnes, — hermano de los leones. Nada más... Pero es, tal vez, el último zorzal americano que nos queda en el monte. Es, por lo menos, el único poeta cuyos versos tienen sangre charrúa. Su musa no conoce modistos ni modas de París. Es una musa agreste. Es selvática. Es ruda. Es varonil. Y hasta evangélica... Además este poeta lleva un soberbio pedestal por nombre.

—¡Juan Zorrilla de San Martín!

Ya véis. Su nombre es formidable. Encierra la onomatopeya de una canción de guerra. Parece una bandera de combate. Simula un toque de clarines guerreros. Pronunciarlo, es quemar dinamita. Es animar el alma de los tristes. Es un nombre capaz de ser llevado por

un emperador. O más bien: es un nombre de artista. Así debió llamarse Napoleón. Y Víctor Hugo. Y Cambronne:

—¡Juan Zorrilla de San Martín!

¿Queréis conocerlo? Vamos. Subid. Vuestros pies hollarán una blanca escalera muy antigua que ha visto subir muchas grandezas. Y que, también, ha visto bajar muchas derrotas. Aquí vivió un ex presidente. Fué rico. Más que rico, fué pródigo. Hace poco falleció en la miseria. Esta casa es famosa. Las paredes guardan misterios que no se atreve nadie a revelar en voz alta. Sus techos cobijaron historias que hoy las abuelas cuentan en secreto. Sus patios sirvieron de escenario a cosas lamentables. En esta casa vivió Pedro Varela. Y vedla. Ahora está silenciosa. Callada. Es una casa muda. Aquí vive el poeta. Se diría que es la torre de un filósofo. De un filósofo amigo de los astros que quisiera vivir cerca del sol. ¡Es tan alta! Tan alta... Pero ¡ah! Subid. Os dejaba soñar en la escalera. Ya estamos. La puerta se franquea sin estorbo. Los poetas no usan antesala. La aristocracia del talento no conoce porteros. Adelante.

—¡Lo véis? Aquel es Juan Zorrilla de San Martín...

—¡Oh!

Sí. Asombráos. Ese hombre pequeñito, tan insignificante, os hiere con su aspecto de prosaico tendero. Es, en cambio, el padre genial de "Tabaré". Ese hombre que véis allí sentado es quien hace temblar los corazones cuando su voz estalla en la tribuna. Ese hombre tan vulgar, de recia cabellera, de mirada sonriente, es el mágico cantor de "La Leyenda Patria". Y ahora que ya le conocéis, miradle bien. Contempladlo mejor. Os mira. Os ve por vez primera. Pero ya es vuestro amigo. Se levanta. Viene hacia vos. Trae los brazos abiertos. Os abraza... Inquieto. Movable. Sonríe. Sonríe con sonrisa infantil. Habla. Se sienta. Pónese de pie. Acciona como un predicador. Sonríe nuevamente. No os conoce y ya os quiere. Es así. Es bueno. Es cándido.

Es ingenuo. Es un niño. Y es, por encima de todo, un devoto sin mancha de Jesús. Es muy cristiano. Con fervores sinceros practica la doctrina católica. Y la defiende con la pluma, con la palabra, con la vida. Lucha sin rencores amargos. Lucha sonriendo. Lucha con armas que duelen, pero que no lastiman. Sobre la peana de la controversia, sabe ser humano y ser apóstol... Y sabe transigir. ¿Queréis un ejemplo? Preguntadle:

—¿Qué piensa usted del señor Batle y Ordoñez?

En seguida os dice lo que piensa. Y os dice que si el ex presidente combatió el clericalismo, no por eso dejó de ser un caballero. Un hombre inteligente. Y agrega:

—Ha sido un gobernante del cual no debemos quejarnos todavía.

Lo mismo elogia a Rodó. Especialmente por su defensa en pro de los crucifijos expulsados de la fría pared del Hospital. Pero no le habléis de temas tan amargos. Habladle de sus versos. Y veréis entonces su modestia salvaje. Modestia que lo perjudica para el vulgo. Pero es una modestia que lo eleva:

—Soy un hombre sin méritos. Mi país no ha necesitado nunca nada de mí. Hace tiempo que no escribo versos. ¿Para qué? Mis mejores producciones son mis hijos.

La voz del poeta tiene sonoras, suaves, dulces variaciones. En la conversación íntima es un "causateur" de diplomacia. Encanta. Habla de todo. De todo y profundamente. Su conversación tiene nerviosismos de histeria. Mientras lo escucháis, véis que se mueve. Se mueve con inquietud febril. Camina por la sala. Toma un libro. Lo abre. Lo cierra. Alza en sus brazos cariñosos a su bella nietita. La besa con unción de abuelo... En tanto que juega con sus hijos, os habla sabiamente de Carlyle... Os golpea la espalda. Aunque no sepa quién sois, os brinda su amistad cual una joya. Si le decís vuestro nombre, de seguro no os conoce. Pero eso ¿qué importa? Es vuestro amigo... Y basta. Si

queréis ver al desnudo su entusiasmo por las reliquias sacras, habladle de Jerusalén. Ha escrito un libro sobre el "Huerto cerrado". Es un libro maravilloso. Bello por el estilo. Raro por su ingenuidad. Fértil por sus ideas. Habladle de arte.

—¡El arte es la verdad! — dice.

Después, pedidle que declame. Cuando recita es estupendo. Su voz es arpa. Es órgano. Es orquesta. Primero habla sus versos. Luego los canta. Los grita. Los llora. Los reza... Hace vivir las estrofas de "La Leyenda Patria" con una fuerza de vigor que domina, que arrebatada, que subyuga, que arrastra. Teniendo una estatura tan pequeña cuando recita crece. Se estira. Se agranda. Se enormiza. Y de jilguero se convierte en águila...

Salís. Y al iros, lleváis en los oídos el susurro de los sauces movidos por el viento. Creéis oír el lejano canto del sabiá melodioso Y sentís hasta el perfume del resedá, del urucú, del trébol. Al salir, soñáis con epopeyas, con idilios, con tragedias, con amor, con odios. Véis en la imaginación el épico juramento de los 33 libertadores que rompen una férrea cadena en la "Agradaciada... Y después, "Tabaré"... Véis cómo: — "¡cayó la flor al río!..." Véis a Blanca que se abraza con pasión y con delirio al cuerpo agonizante del pobre Tabaré... Y en seguida os precipitáis de las estrellas. Caéis. Os acordáis de una verdad terrible... Pero lógica. Pensáis que este hombre que os ha hecho sentir tanta belleza; pensáis que este hombre que es tan bueno y tan sabio desempeña un modesto empleo en una empresa comercial. En el Banco de la República. ¡En su misma patria! ¡Oh, los profetas! Es vergonzoso. Los pueblos son ingratos con sus futuros ídolos. Hoy el silencio. Mañana los himnos... Ahora el olvido. Después las estatuas. ¡No hay que ser tan cruel con los zorzales! No olvidéis que si cantan, también

comen. Es misión de los pueblos valerosos endulzar la
vida de los condenados a la gloria del arte...
Zorrilla de San Martín es uno de ellos...

Montevideo, 1906.



La vida artística de un obispo argentino

UN obispo, simplemente?
—Algo más.

Monseñor Bazán y Bustos es algo más humano que un obispo. Es un prelado que, además de todas sus virtudes posee otra virtud: "es un artista".

Entre sus méritos teologales cuenta el don divino de adorar el arte por el arte... Pablo II y Clemente VII, los ilustres amigos de Cellini, y Julio II, el augusto protector de Miguel Angel, le llamarían con honra: —"¡Hermano en Dios y hermanos en la belleza!"

Aquellos sabios pontífices del Renacimiento que veían la gracia del Altísimo en las artes del hombre, tienen en monseñor Bazán y Bustos un sacerdote de sus creencias. Es un romántico. Es un soñador. Es un lírico.

Con los ahorros de su prebenda — es decir, "con más ingenio que doblones" — este obispo singular ha recorrido el mundo buscando obras artísticas. Con ellas ha hecho de su humilde obispado entrerriano un museo como no existe otro igual en América. Pacientemente, a semejanza de un bohemio del arte, ha visitado las grandes y pequeñas ciudades. Se ha metido en los grandes

palacios arruinados de Europa. Ha hurtado en los cambalaches del Campo dei Fiori y en los burgos judíos de Roma, donde entre los escombros de algunos ilustres hogares venidos a menos halló en subasta maravillas de genio... Murillo, Guido Reni, el Correggio, Carracci, Palme, Juan Francisco Barbieri, Dominiquino, Rubens, Españaoleto, Dolci, etc. Con el escalpelo de su erudición artística, monseñor supo encontrar cuadros de pintores célebres, extraviados entre cromos vulgares y copias crueles... Anduvo por Oriente de donde trajo joyas de arte bizantino. Fué al Perú. Fué a Bolivia. Paseó por las ruinas incásicas, su inapagable curiosidad de esteta. Su sed de lejanía... En las viejas iglesias indígenas adquirió cuadros de trescientos años en pago de sermones. Y de ese modo, devotamente, pacíficamente, franciscanamente, su hermosa colección ha venido a ser el resultado de una larga paciencia de soñador andante...

Sencillo como un poeta pobre, monseñor Bazán y Bustos sale a la escalera a recibirnos. Me acompaña un gran pintor argentino, Antonio Alice, que ha venido a Paraná conmigo al sólo objeto de visitar este museo.

—Pasen ustedes, señores. ¡Hónrenme con sus manos!...

Nos estrecha las manos. Hay tanta gentileza en su ademán como en su frase. Espaciosamente cruzamos con él las salas solemnes desde cuyos muros muchos cuadros famosos ponen en el aire la serenidad de los siglos que tienen. Frente a cada cuadro monseñor se extasia. Nos explica el origen del cuadro. Repite con unción el nombre del autor. Sintetiza su historia:

—Este es el “Milagro de San Antonio”, de Domingo Zampieri, “El Dominiquino”. Es auténtico. Procede— como la mayor parte de los cuadros de mi colección — del palacio Bruschi, de Roma, que actualmente ocupan las oficinas del ministerio del interior.

—Este otro cuadro es de Pablo Caliari. ¡Es auténtico también! Nada menos que de Caliari, llamado “El Veronés”. Se titula “El criado de Abraham y Rebeca”.

—Aquí tenemos — nos dice — un “Van Dyck”. Es “El bautismo del Salvador”. Obra del 1600. ¿Es hermosa, verdad? ¡Qué vigorosa entonación! ¡Qué verismo!... Aunque en esta tela todo ha sido tratado con delicadeza suma, me agradan sobremanera las actitudes naturales de Jesús y del Bautista y muy en particular el brazo derecho de San Juan y la rodilla del Salvador. ¡Qué ejecución tan primorosa! ¡Vean! ¡Vean, ustedes! La anatomía más exigente rivaliza en este cuadro con la pastosa morbidez del desnudo.

En seguida su admiración se hace silencio. Pero no puede contenerse. Estalla:

—¡Qué magia la de Van Dick! ¡Qué manera la de pintar la suya, en especial la carne de los cuerpos! Vean, ustedes... A través del cutis se transparentan los músculos, las venas, los huesos, los nervios, la sangre. Esto ha dado a Van Dick, el dominio de una variedad infinita de tintas, ya sea por el color propio de estas substancias, ya sea también por el reflejo de la luz que diversamente las colora. De ahí le enorme dificultad de pintar la carne con la transparencia que le es propia.

De súbito, el ilustrado obispo se interrumpe. Ha visto que el pintor Alice deja de mirar el “Van Dick” para fijar los ojos admirados en un cuadro chiquito. Es una dulce madona con las manos en rezo...

—¿Qué mira, Alice?

Alice parece que bajara de un sueño.

—No miro. Admiro las manos de esta preciosa madonina angélica. ¿Un “Sassoferrato”, sin duda?

—¡Oh, sí! Un “Sassoferrato” — exclama monseñor sobrecogido de un encanto místico. — “¡Y cómo se comprende que es usted un artista hondo y sincero!

¡Se ha entretenido en contemplar ese admirable prodigio de arte ante el que suelen pasar fríos los pobres inocentes!

Después de admirar mudo, tácito, con recogimiento, la pequeña imagen de la virgencita, el obispo exclama:

—¡Sí! ¡Las manos, sobre todo!... ¡Cuánta dificultad vencida! Lo más difícil de pintar son las manos. Es la verdadera piedra de toque para aquilatar los méritos de cualquier artista. Quien sepa pintarlas a perfección puede titularse autor de obras maestras... ¡Observen ustedes la luz que pasa por entre esos dedos! ¡Qué perspectiva tan limpia la que presenta el fondo de las dos manos unidas. ¡Qué escorzo tan admirable el que resulta de ese dedo meñique! ¡Oh! Un ángel ha llevado el pincel del gran Sassoferrato.

Y así continuamos a través de las salas del obispado. Tenemos las pupilas fatigadas de emoción. Es la emoción que nos transmiten las paredes. Tenemos los oídos llenos de música. Es el lirismo que fluye en los labios de aquel monseñor argentino que ama a Dios en las obras artísticas del hombre.

—¿Se asombran, ustedes?

—Es raro, en efecto. Un obispo...

—Los obispos somos también de carne y hueso. Ya lo dije en el prólogo de mi libro "Arte". Si alguna vez existieron los Catones, ya pasaron... Los mortales, para ser útiles, necesitan reposo. El descanso es una razón de estética, amigos míos. Esta colección es el fruto de mis horas perdidas. Es la flor de mis actos, nacida después de mi labor sacerdotal... En mis horas de descanso "a solas, sin testigos, libre de amor, de celos, de odio, de esperanza, de recelos" — como dice fray Luis de León — me dedico a mis telas. Las contemplo. Creo revivir. Rejuvenezco... Mis achaques se evaporan. Huyen. Me siento "contento"... ¿Y qué es el "contento"? Sainte-Beuve nos responde: Estar "contento" es estar "contenido"; lo dice la palabra: es decir,

“contener” nuestros anhelos en los términos que Dios nos demarca. Estamos en el mundo para estar “contentos” y no para estar a “nuestro gusto”. El “contento” — término relativo — es el verdadero nombre de la “felicidad”.

Y, en efecto, monseñor Bazán y Bustos es un hombre feliz. Amolda su vida a la porción de dicha que posee, como el pájaro que canta sabiendo que la primavera es transitoria... Su filosofía de hombre del norte tiene mucho de ensueño. No en vano ha nacido en La Rioja... Pero, a pesar de ser hombre de tierra adentro su vida estuvo siempre en los caminos. Vida con ruedas. Vida de buque... Nació en Villa del Rosario de Tama. De niño se fué a Córdoba. Allá inició sus estudios eclesiásticos. En 1882 — a los 15 años de edad — se embarcó para Italia. Ingresó en el colegio Pío Latino Americano de Roma. En la célebre universidad Gregoriana se doctoró en filosofía y teología. Regresó a Córdoba como profesor. Actuó en el periodismo. Hizo versos. Se marchó a La Rioja como vicario foráneo. En su provincia natal fundó escuelas para obreros. Levantó la iglesia matriz de La Rioja con un gusto artístico tan exquisito que llenó de encantos a Joaquín V. González y asustó a las chicharras. En 1910 lo eligieron obispo de Paraná, celebrando el primer Sínodo Diocesano de su jurisdicción. Después, inquieto siempre, realizó varios viajes a través del mundo. Escribió un libro sobre Oriente y otro sobre su viaje a Bolivia, Perú y Chile. Su crítica a “Lourdes” de Zola, en un libro también. “La vida de San Nicolás de Bari y apuntes históricos sobre su milagrosa efigie que se venera en La Rioja”, un tomo de brillante interés literario. Los programas de enseñanza religiosa que rigen en los colegios católicos y el nuevo plan de estudios de los seminarios, aprobados por el episcopado argentino, son obras de monseñor Bazán y Bustos.

—Es usted un hombre infatigable.

—Al contrario. Me fatigo. Soy humano... Pero, cuando me canso, acudo a mis libros. Recorro a mis cuadros. Tras del ejercicio intelectual de la contemplación o de la idea, me levanto tan fresco como... ¿Cómo qué? Como un jarro de aloja de mi terruño mágico...

Y al recordar el néctar de los dioses riojanos, el obispo mueve los labios húmedos. Los ojos le brillan detrás de los anteojos con la misma humedad de los labios. Sus ojos parpadean como mirando un cuadro. Como si contemplara una obra de arte... Acaso monseñor ve, a lo lejos, una obra artística de Dios; las cumbres nativas. Tal vez añora las montañas que viera al nacer, desde la cuna, al través de los resquicios del rancho de paja y de barro que abrigó su inocencia. Quizás piensa en la madre. (Los ojos le brillan...)

—Este obispo es un hombre — me dice Alice.



“AMERICA LITERARIA”

CUADERNOS QUINCENALES DE ARTES CIENCIAS, Y LETRAS

—: APARECE EN BUENOS AIRES —:

Los días 10 y 25 de cada mes

CONDICIONES DE SUBSCRIPCION

Año.....\$ 5.00

Número suelto capital» 0.20

» » interior 0.25

Pidase en todos los Kioscos y Librerías

Boletín de Suscripción

«AMERICA LITERARIA»

CUADERNOS QUINCENALES DE
—ARTES, CIENCIAS Y LETRAS—

Señor Director de “América Literaria”

Sarmiento 865, Bs. Aires

Sírvase contarme como subscriptor de “América Literaria” para lo que le envío al efecto la suma de cinco pesos correspondiente a un año de suscripción.

Firma.....

Domicilio.....

(Escríbase claro)



El libro que todos leen
El último libro de
Hugo Wast : : : :
"La Corbata Celeste"
Novela del tiempo de
Rozas : : : : :
Acaba de aparecer
la nueva edición

¡20° millar!

Se vende en todas las librerías de la República

EDITORIAL BAYARDO

Sarmiento 865

Buenos Aires

"AMERICA LITERARIA"

En nuestro próximo número, que aparecerá el
25 de Septiembre, se publicará

Tres Poemas

del gran poeta colombiano **GUILLERMO VALENCIA**

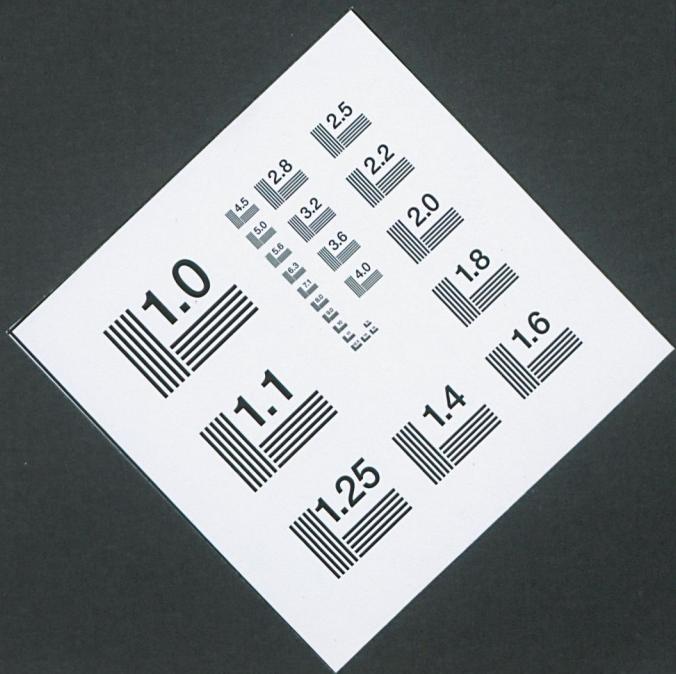
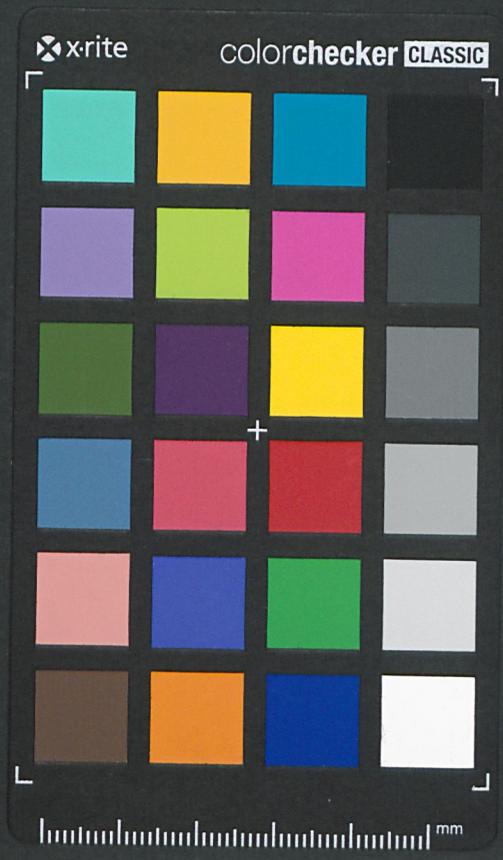
Für das IAI

Quiró
Guillermo Gasio



Buenos Aires, Berlin

TALLERES GRÁFICOS "BAYARDO"
DE FRANCISCO LORENZO & CÍA.
J. B. ALBERDI 451 - BUENOS AIRES



Buenos Aires, Berlin

TALLERES GRÁFICOS "BAYARDO"
DE FRANCISCO LORENZO & CIA.
J. B. ALBERDI 451 - BUENOS AIRES